

CAPITULO IV

DE LOS CAMBIOS QUE SE PRODUCIRIAN EN LA ORGANIZACION Y VIDA SOCIALES

- ¹ Sólo tratamos de los principios generales. Hay cuestiones de detalle —tales como las relativas al reparto de los ingresos entre los gobiernos locales y generales— que se presentarían al aplicar estos principios; pero no es necesario discutir las ahora. Una vez establecidos los principios, los detalles serían arreglados pronto.
- ² No es posible tampoco, sin un trabajo excesivo, tomar nota de cuantos cambios se producirían o serían posibles con una innovación que ha de reajustar la sociedad hasta sus cimientos; pero llamaré la atención sobre algunos rasgos principales.
- ³ Es de notar entre éstos la gran simplificación que resultaría posible en el gobierno. Ahora, cobrar los impuestos, evitar y castigar los fraudes, inspeccionar y comprobar los ingresos procedentes de tan diversas fuentes, constituyen probablemente las tres cuartas partes, quizá las siete octavas partes, de las ocupaciones del gobierno, fuera de la conservación del orden, el mantenimiento de las fuerzas militares y la administración de justicia. Así, se prescindiría de una inmensa y complicada labor de la maquinaria del Estado.
- ⁴ En la administración de justicia habría un análogo ahorro de tarea. Muchos de los asuntos civiles de nuestros tribunales proceden de cuestiones sobre la propiedad de la tierra. Estas cesarían desde el momento que el Estado fuese virtualmente reconocido

como único dueño de ella, y todos los ocupantes se hubiesen convertido en arrendatarios. La mayor moralidad consiguiente a la desaparición de la escasez, tendería a una análoga disminución en otros negocios civiles de los tribunales, lo que podría acelerarse adoptando la proposición de sentido común de Bentham, de suprimir todas las leyes relativas al cobro de deudas y a la obligatoriedad de los contratos privados. La subida de salarios y el abrirse a todos oportunidades para ganarse cómoda y fácilmente la vida, en seguida disminuirían y pronto eliminarían de la sociedad los ladrones, estafadores y otras clases de criminales, que nacen de la desigual distribución de la riqueza. De este modo, la administración de la justicia en lo criminal, con todo su cortejo de policías, detectives, prisiones y penitenciarias, así como la administración de justicia en lo civil, dejarían de absorber tanta fuerza vital y atención de la sociedad. Nos veríamos libres no sólo de muchos jueces, alguaciles, escribanos y carceleros, sino de la gran hueste de abogados que se sostiene ahora a expensas de los productores; y el talento que hoy se desperdicia en sutilezas legales, se dedicaría a más elevados propósitos.

5 Las funciones legislativa, judicial y ejecutiva del Estado se simplificarían extraordinariamente de este modo. Ni puede creerse que las deudas públicas y los ejércitos permanentes, que son históricamente el cáncer nacido del tránsito de las posesiones feudales a las alodiales, subsistiesen mucho tiempo después de volver a la antigua idea de que la tierra de un país es propiedad común de los habitantes de ese país. Las primeras pronto podrían amortizarse con un impuesto que no menguaría los salarios ni estorbaría la producción; y en cuanto a los últimos, la mayor cultura e independencia de las masas, contribuyendo a ello, acaso, el progreso de los inventos que están cambiando radicalmente el arte militar, los haría desaparecer pronto.

6 La sociedad se aproximaría de este modo al ideal democrático de Jefferson, a la tierra prometida de Herbert Spencer, a la abolición del gobierno. Pero del gobierno como poder directivo y

repressivo únicamente. Al mismo tiempo y en igual grado se haría posible para ella realizar el sueño socialista. Toda esta simplificación y anulación de las funciones actuales del gobierno permitiría adoptar ciertas otras que se esfuerzan ahora por ser admitidas. El gobierno podría tomar sobre sí la transmisión de las comunicaciones telegráficas del mismo modo que las postales; la construcción y administración de los ferrocarriles, como tiene la apertura y conservación de los caminos ordinarios. Simplificadas y reducidas así las funciones actuales, podría asumir sin peligro ni esfuerzo otros servicios análogos, y éstos estarían bajo la vigilancia de la atención pública, ahora confusa. Habría un grande y creciente exceso de rendimiento del impuesto sobre el valor de la tierra, porque el progreso material, que marcharía entonces con velocidad extraordinariamente acelerada, tendería constantemente a aumentar la renta. Naciendo estos ingresos de la propiedad común, podrían ser aplicados en beneficio común, como lo eran los de Esparta. No estableceríamos comidas públicas: serían innecesarias; pero podríamos construir baños públicos, museos, bibliotecas, jardines, salas de conferencias, salones de conciertos y de bailes, teatros, universidades, escuelas técnicas, sitios de recreo, campos de deporte, gimnasios, etc. El calor, la luz, la fuerza motriz, así como el agua podrían ser conducidos por nuestras calles a expensas públicas; nuestras carreteras tendrían filas de árboles frutales; los descubridores serían recompensados, auxiliadas las investigaciones científicas; y de mil maneras los fondos públicos fomentarían los esfuerzos en beneficio público. Llegaríamos al ideal del socialismo, aunque no por la opresión política. El gobierno cambiaría de carácter y se convertiría en la administración de una gran sociedad cooperativa. Vendría a ser sencillamente el medio por el cual se administraría la propiedad común en beneficio común.

7 ¿Parece esto irrealizable? Considerad por un momento las inmensas alteraciones que produciría en la vida social un cambio que asegurara al trabajo su retribución íntegra; que desterrara

la pobreza y el temor a ella; y diera al más humilde la libertad de desarrollarse en su natural armonía.

8 Pensando sobre las posibilidades de organización social, nos inclinamos a suponer que la codicia es el más fuerte de los móviles humanos, y que los sistemas de administración sólo pueden fundarse sobre la idea de que el temor al castigo es necesario para conservar la honradez del hombre; que el interés egoísta es siempre más fuerte que el interés general. Nada más lejos de la verdad.

9 ¿De dónde nace esta avidez de ganancias para cuya satisfacción pisotean los hombres todo lo que es puro y noble; a la cual sacrifican los atractivos más elevados de la vida; que convierte la cortesía en ficción engañosa, el patriotismo en impostura y la religión en hipocresía; que hasta tal punto hace de la vida civilizada una guerra sin cuartel, cuyas armas son la astucia y el engaño?

10 ¿No se debe realmente a la existencia de la pobreza? Carlyle, en alguna parte, dice que la pobreza es el infierno que más asusta al inglés moderno. Y tiene razón. La pobreza es el voraz e implacable infierno que abre su boca debajo de la sociedad civilizada. Es un verdadero infierno. Los Vedas declaran que no hay nada tan cierto como lo que el sabio cuervo Bushanda dijo al aquilífero de Vishnu: "Que la pena más terrible es la pobreza." Porque la pobreza no es sólo privación; significa ignominia, degradación; es la cauterización con hierros candentes de las partes más sensibles de nuestra naturaleza moral e intelectual; es la negación de los más fuertes impulsos y de las más dulces afecciones; la rasgadura de nuestros nervios más vitales. Amáis a vuestra mujer y a vuestros hijos, pero ¿no sería preferible verlos morir, que reducidos a la extrema necesidad en que viven numerosas clases en toda sociedad civilizada en alto grado? La más fuerte de las pasiones animales es el apego a la vida; pero ocurre todos los días en los pueblos civilizados que los hombres se envenenan o se perforan el cráneo por miedo a la miseria, y por cada uno que

lo hace, tal vez un centenar lo desea, deteniéndoles sólo el temor instintivo, las consideraciones religiosas o los lazos de familia.

11 Es por demás natural que los hombres hagan los esfuerzos posibles para librarse de este infierno de la pobreza. Al impulso de la propia conservación y satisfacción se unen sentimientos más elevados; y el amor, tanto como el miedo, incita a la lucha. Muchos hombres cometen bajezas, actos deshonorosos o de codicia, violentos e injustos, con la intención de poner fuera del alcance de la miseria, o del miedo a la miseria, a su madre, a su mujer o a sus hijos.

12 Y de esta condición de las cosas, nace un sentimiento público que dispone, como una fuerza impulsora en la lucha por adquirir y guardar, de uno de los más poderosos resortes de la acción humana, quizá, para muchos, el más poderoso de todos. El deseo de la aprobación, el sentimiento que nos incita a conquistar el respeto, admiración o simpatía de nuestros semejantes, es instintivo y universal. Pervertido a veces en las manifestaciones más anormales, se puede observar, sin embargo, en todas partes. Es potente en el más completo salvaje, como en el miembro más altamente culto de la sociedad más refinada; se manifiesta con el primer destello de la inteligencia, y persiste hasta el último suspiro. Se sobrepone al deseo de descanso, al sentimiento de dolor, al temor a la muerte. Inspira las acciones más triviales y las más importantes.

13 El niño, apenas empieza a andar o hablar, hace nuevos esfuerzos en cuanto sus pequeñas tretas maliciosas suscitan la atención y el aplauso; el agonizante señor del mundo se envuelve en su manto para morir cual corresponde a un rey; las madres chinas deformarán los pies de sus hijas con cepos crueles; las mujeres europeas sacrificarán su propia comodidad y la de los suyos a parecidos dictados de la moda; el polinesio, para excitar la admiración con su primoroso tatuaje, permanecerá quieto mientras su carne es lacerada con dientes de tiburón; el indio norteamericano, atado al poste, sufrirá las torturas más infernales sin un lamento

y, para ser respetado y admirado como un gran valiente, excitará a sus atormentadores a nuevas crueldades. Esto es lo que sostiene la decaída esperanza; esto es lo que alimenta la lámpara del pálido estudiante; esto lo que impele al hombre a competir, a esforzarse, a trabajar y a morir. Esto es lo que levantó las pirámides e incendió el templo de Efeso.

14

Ahora bien, los hombres admiran lo que desean. ¡Cuán grato parece el puerto seguro al que lucha con la tempestad, la comida al hambriento, la bebida al sediento, el calor al que tiritaba de frío, el descanso al fatigado, la fuerza al débil, la sabiduría a los que han sentido los anhelos intelectuales! Y así, el aguijón de la miseria y el miedo que ésta inspira hacen a los hombres admirar sobre todas las cosas la posesión de la riqueza; y llegar a ser rico es llegar a ser respetado, admirado, influyente. “¡Ganad dinero honradamente si podéis; pero de cualquier modo, ganad dinero!” Esta es la lección con que la sociedad ensordece diariamente y a todas horas los oídos de sus miembros. El hombre admira instintivamente la virtud y la verdad; pero el aguijón de la miseria y el miedo a ella le hacen admirar más fuertemente al rico y simpatizar con el acaudalado. Es bueno ser honrado y justo, y los hombres lo ensalzarán; pero aquel que por el fraude y la injusticia alcanza un millón de dólares, inspirará más respeto y admiración, tendrá más influencia, más servidores visibles y de palabra, si no de corazón, que si lo rehúsa. El uno podrá tener su recompensa en lo futuro; quizá sepa que su nombre está inscrito en el Libro de la Vida, que son suyas la túnica blanca y la palma del vencedor de la tentación; pero el otro tiene su recompensa en el presente. Su nombre está inscrito en la lista de “nuestros ciudadanos notables”; tiene la adulación de los hombres y el halago de las mujeres, el mejor banco en la iglesia y la consideración personal del elocuente sacerdote que, en nombre de Cristo, predica el Evangelio de Dives y convierte en una figura de retórica oriental, sin sentido, la severa metáfora del camello y del ojo de la aguja. El podrá patrocinar las artes, ser un mecenas

para los hombres de letras; se aprovechará de la conversación de los inteligentes y se pulirá con el trato de los refinados. Sus limosnas saciarán al hambriento, socorrerán a los que luchan y harán brillar el sol en lugares de desolación; y nobles fundaciones públicas recordarán después de su muerte su nombre y su fama. Satanás no tienta a los hijos de los hombres en figura de monstruo horrible, con cuernos y rabo, sino como un ángel de luz. Sus promesas no son únicamente las de los reinos de la Tierra, sino los principados y poderes mentales y morales. No apela sólo a los instintos animales, sino a los insaciables deseos que se agitan en el hombre porque es más que un animal.

15

Supongamos el caso de esos miserables "hombres de presa" —que, en cualquier comunidad, se ven tan claramente como Bunyan vio el de su visión— que, mucho tiempo después de haber acumulado riqueza bastante para satisfacer todo deseo, siguen trabajando, proyectando y esforzándose por aumentarla todavía. Fue el deseo de "ser alguien", y en muchos casos el deseo de ejecutar acciones nobles y generosas, lo que les puso en la senda de ganar dinero. Y lo que les impulsa mucho después de que toda necesidad posible está satisfecha, lo que les incita todavía con insaciable y rapaz codicia, no es sólo la tiránica fuerza de la costumbre, sino las sutiles satisfacciones que da la posesión de riquezas: la sensación de poder e influencia; la sensación de ser considerados y respetados; la sensación de que su riqueza no sólo les pone por cima de la necesidad, sino que hace de ellos hombres notables en la sociedad en que viven. Esto es lo que hace al rico tan reacio a desprenderse de su dinero y tan ansioso de ganar más.

16

Contra tentaciones que de tal manera apelan a los impulsos más fuertes de nuestra naturaleza, las sanciones de la ley y los preceptos religiosos pueden poco; lo asombroso no es que los hombres sean tan egoístas, sino que no lo sean mucho más. Si bajo las actuales circunstancias no son más rapaces, más desleales ni más egoístas, esto prueba la bondad y la generosidad

de la naturaleza humana, el incesante caudal de las perpetuas fuentes de que se nutren nuestras cualidades morales. Todos tenemos madre; la mayor parte tenemos hijos, y, por lo tanto, la fe, la pureza y el altruismo no pueden nunca desterrarse por completo del mundo, por mala que sea la organización social.

17 Pero lo que es potente para el mal, puede llegar a serlo para el bien. El cambio que he propuesto destruiría las condiciones que tuercen impulsos en sí mismos benéficos, y transmutaría las fuerzas que propenden ahora a desintegrar la sociedad, en fuerzas que tenderían a unirla y purificarla.

18 Dad al trabajo campo libre y sus completas ganancias; tomad para beneficio de todos ese caudal que el crecimiento de la colectividad crea, y la miseria y el miedo a la miseria desaparecerán. Las fuentes de la producción quedarán libres, y el enorme incremento de riqueza procurará a los más pobres holgado bienestar. Los hombres no se atormentarán para encontrar trabajo más de lo que ahora se atormentan para encontrar aire que respirar; no habrán de cuidar más de sus necesidades físicas que los lirios del campo. El progreso de la ciencia, la marcha de los inventos y la difusión de la cultura aportarán sus beneficios a todos.

19 Suprimiendo así la miseria y el miedo a la miseria, decaería la admiración por las riquezas, y los hombres buscarían el respeto y la consideración de sus semejantes por medios distintos de la adquisición y ostentación de la riqueza. De este modo se prestaría a la dirección de los negocios públicos y a la administración de los fondos comunes, la pericia, la atención, la fidelidad e integridad que ahora no responden más que al interés particular; y un ferrocarril o una fábrica de gas podrían funcionar por cuenta pública, no sólo más económica y eficazmente que ahora por administración anónima, sino tan económica y eficazmente como podrían hacerlo con un dueño particular. El premio de los juegos olímpicos, que suscitaba los más enérgicos esfuerzos en toda Grecia, consistía sólo en una corona de olivo sil-

vestre; por un pedacito de cinta, los hombres han prestado repetidas veces servicios que con dinero no se hubiesen obtenido.

20

De cortos alcances es la filosofía que considera al egoísmo el móvil principal de los actos humanos. Es ciego para los hechos de que el mundo está lleno. No ve el presente ni lee con acierto en el pasado. Si queréis incitar el hombre a la acción, ¿a qué apelaréis? No al dinero, sino a su patriotismo; no al egoísmo, sino a la solidaridad. El egoísmo es, por decirlo así, una fuerza mecánica —potente, es verdad; capaz de grandes y amplios resultados—. Pero hay en la naturaleza humana algo que puede ser asemejado a una fuerza química; que ablanda, funde y subyuga; a la cual nada parece imposible. “Todo lo que un hombre posee lo dará por su vida”; éste es el egoísmo. Pero en la exaltación de más nobles impulsos, los hombres darán hasta la vida.

21

No es egoísmo lo que enriquece con héroes y santos los anales de los pueblos. No es egoísmo lo que en cada página de la historia del mundo irrumpe con el súbito esplendor de nobles hazañas o lo que difunde el suave brillo de vidas bondadosas. No fue el egoísmo lo que hizo huir a Gautama de su casa real, o lo que impulsó a la Doncella de Orleáns a levantar del altar la espada; lo que retuvo a los Trescientos en el Paso de las Termópilas, o juntó en el pecho de Winkelried el haz de lanzas; lo que encadenó a Vicente de Paul al banco de la galera, o hacía acudir, vacilantes, a los tiernos niños extenuados, durante el hambre de la India, hacia las casas de socorro, sosteniendo en sus brazos a otros aún más débiles y extenuados. Llamadle religión, patriotismo, solidaridad, entusiasmo humanitario o amor de Dios; dadle el nombre que queráis; hay todavía una fuerza que vence y se sobrepone al egoísmo; una fuerza que es la electricidad del universo moral; una fuerza a cuyo lado todas las demás son débiles. Dondequiera que el hombre haya existido, esta fuerza ha mostrado su poder, y hoy, como siempre, el mundo está lleno de ella. Digno de lástima es el que nunca la ha visto y nunca la ha sentido. ¡Mirad en torno vuestro! Entre hombres y mujeres

corrientes, en medio de los afanes y de la lucha diaria, en la algarabía de la ruidosa calle, y entre la inmundicia donde la miseria se esconde, en todas partes, aquí y allí, la oscuridad se ilumina con el trémulo fulgor de su vívida llama. El que no la ha visto, anduvo con los ojos cerrados. Quienes miren, pueden ver, como decía Plutarco, que "el alma tiene un principio de bondad en sí misma, y ha nacido para amar, tanto como para percibir, pensar y recordar".

²² Y esta fuerza de las fuerzas —que ahora se desperdicia o toma viciadas formas— podemos utilizarla, si queremos, para fortalecer, elevar y ennoblecer la sociedad, del mismo modo que empleamos ahora energías físicas que en otro tiempo sólo parecían fuerzas destructoras. Todo lo que tenemos que hacer es, darle libertad y ancho campo de acción. La injusticia que produce la desigualdad; la injusticia que, en medio de la abundancia, tortura a los hombres con la miseria o los acosa con el miedo a la miseria; que los desmedra físicamente, los degrada intelectualmente y los pervierte moralmente, es lo único que impide el armonioso desarrollo social. Porque "todo lo que prove de los dioses rebosa de providencia. Hemos sido hechos para la colaboración: como los pies, como las manos, como los párpados, como las hileras de dientes superiores e inferiores".

²³ Hay gentes cuyo cerebro nunca llega a concebir un estado social mejor que el actual; que imagina que la idea de la posibilidad de un estado social del que estuviese ausente la codicia, vacías las prisiones, los intereses individuales subordinados al interés general, y nadie procurase robar ni oprimir al prójimo, es sólo un desvarío irrealizable de ilusos, por quienes estos hombres prácticos y juiciosos, que se jactan de ver los hechos tales como son, sienten sincero desprecio. Pero tales gentes —aunque algunas de ellas escriben libros, ocupan cátedras en las universidades o suben a los púlpitos— no piensan.

²⁴ Si estuviesen acostumbrados a comer en aquellos figones de los barrios ínfimos de Londres y París, donde los cuchillos y

tenedores están encadenados a las mesas, se imaginarían que la natural, inextirpable inclinación del hombre es hurtar el cuchillo y el tenedor con que ha comido.

25 Considerad una reunión de hombres y mujeres bien educados, comiendo juntos. No hay pelea por el alimento, ninguno de ellos intenta obtener más que sus vecinos, ni desea hartarse ni llevarse cosa alguna. Al contrario, cada uno se afana en atender al vecino antes de servirse él; ofrece a los demás lo mejor antes que tomarlo para sí; y si alguno mostrase la más leve tendencia a preferir la satisfacción de su propio apetito al de los otros, o de obrar de alguna manera sucia o artera, el rápido y severo castigo del desprecio social y el ostracismo le mostrarían cuán reprochable es tal conducta para la opinión común.

26 Todo esto es tan frecuente que no llama la atención, pareciendo el estado de cosas natural. Es, sin embargo, tan natural que desaparezca la avidez de riqueza, como la de alimento. Se *está ávido* de alimento cuando no se tiene la seguridad de que haya una justa y equitativa distribución que dé lo suficiente a cada uno. Pero cuando estas condiciones están aseguradas, cesa la avidez de alimento. Y así, en la sociedad constituida como al presente, los hombres están ávidos de riqueza porque las condiciones de la distribución son tan injustas que, en vez de estar todos seguros de obtener lo bastante, muchos tienen la certeza de quedar condenados a la escasez: Es "el diablo cargue con el último" de la actual organización social, lo que origina las carreras y luchas por la riqueza, carreras y luchas en las cuales toda consideración de justicia, piedad, religión y sentimiento es pisoteada; en las cuales los hombres descuidan sus propias almas y hasta el borde mismo de la tumba, luchan por lo que no pueden llevarse más allá. Pero una distribución equitativa de la riqueza, que librase a todos del miedo a la necesidad, destruiría la avidez de riqueza, del mismo modo que en la sociedad bien educada la avidez de alimento ha desaparecido.

27 En los vapores, atestados de gente, de las líneas de California,

en sus primeros tiempos, había a menudo una marcada diferencia entre los modales de proa y los de la cámara, que aclara este principio de la naturaleza humana. Alimento abundante había en proa como en la cámara; pero en aquélla no había reglas que asegurasen servicio eficaz, y las comidas se convertían en una rebatiña. Lo contrario sucedía en la cámara, donde cada uno tenía su sitio y, no temiendo nadie quedarse sin su parte, no había las disputas y desperdicios de que la proa era testigo. La diferencia no estaba en el carácter de la gente, sino sencillamente en este hecho. El pasajero de cámara, trasladado a la proa, formaría parte del tropel ansioso, y el pasajero de proa, trasladado a la cámara, se haría súbitamente decoroso y cortés. La misma diferencia se manifestaría en la sociedad en general, si la presente distribución injusta de la riqueza se sustituyera por una justa distribución.

28 Examinad cómo en una sociedad culta y refinada, las pasiones más groseras no son refrenadas por la fuerza ni por la ley, sino por la opinión general y el deseo mutuo de agradar. Si esto es posible en una parte de la sociedad, es posible en toda ella. Hay condiciones sociales en que todos han de ir armados; en ellas cada uno ha de hallarse dispuesto a defender con mano fuerte su persona y propiedad. Si hemos conseguido colocarnos por cima de esto, podemos progresar todavía más.

29 Pero podrá decirse, tal vez, que desterrar la miseria y el temor de ella, sería destruir el estímulo para el esfuerzo; los hombres se harían sencillamente más perezosos, y tan feliz estado de bienestar y contento generales sería la muerte del progreso. Este es el argumento de los antiguos esclavistas: que el hombre sólo puede ser inducido al trabajo por el látigo. Nada es más falso.

30 Podría ser desterrada la necesidad; pero subsistiría el deseo. El hombre es el animal insaciable. Sólo ha empezado a explorar, y el Universo se extiende ante él. Cada paso que da le descubre nuevas perspectivas y le despierta nuevos deseos. Es el animal constructor; construye, perfecciona, inventa, acumula;

y cuanto mayor es lo que hace, mayor es lo que desea hacer. Es algo más que un animal. Sea cual fuere la inteligencia que anima la naturaleza, el hombre está hecho a su semejanza. Un vapor impulsado por sus palpitantes máquinas a través de los mares es, en clase, aunque no en grado, una creación, como la de la ballena que los recorre por bajo. El telescopio y el microscopio ¿qué son sino ojos suplementarios que el hombre se ha fabricado? Los suaves tejidos y los hermosos colores con que nuestras mujeres se adornan ¿no responden al plumaje que la naturaleza da a los pájaros? El hombre tiene que hacer algo o creer que hace algo, porque en él palpita el impulso creador; el que no hace sino tomar el sol, no es un hombre natural, sino anormal.

31

En cuanto un niño pueda gobernar sus músculos, empezará a hacer tortas de barro o a vestir una muñeca; sus juegos no son más que la imitación de las obras de sus mayores; hasta sus arranques destructores nacen del deseo de hacer algo, de la satisfacción de salirse con la suya en algo. No se persigue en ningún caso el placer por el placer. Nuestras diversiones sólo nos distraen en cuanto son aprender o hacer algo, o lo simulan. Desde el momento en que dejan de excitar nuestra curiosidad o nuestros poderes constructores, dejan de entretenernos. El lector de una novela perdería todo interés al decirle precisamente cómo acabará el relato. Sólo la suerte y la destreza implicadas en el juego permiten al jugador de cartas matar el tiempo barajando pedazos de cartulina. Las suntuosas frivolidades de Versalles sólo eran posibles a seres humanos porque el rey pensaba que gobernaba un reino, y los cortesanos perseguían nuevos honores y pensiones. La gente que lleva lo que se llama vida de lujo y de placer ha de tener otras miras o se morirá de tedio; la soportan únicamente porque se imaginan que ganan posición, se hacen amigos o mejoran las oportunidades de sus hijos. Encerrad un hombre y negadle ocupación, y se morirá o enloquecerá.

32

No es el trabajo en sí mismo lo que repugna al hombre; no es la necesidad natural del esfuerzo lo que constituye un castigo.

Lo es sólo el trabajo que no produce nada, el esfuerzo cuyos resultados no pueden verse. Trabajar un día tras otro y ganar apenas lo necesario para la vida, esto es, en verdad, lo penoso; es como el infernal castigo que obliga a un hombre a bombar para no ahogarse, o a hacer girar el torno de una cabria para no ser aplastado. Pero libres de esa necesidad, los hombres trabajarían con más ahínco y mejor, porque entonces lo harían siguiendo sus inclinaciones; entonces creerían verdaderamente hacer algo para sí mismos o para los demás. ¿Fue acaso ociosa la vida de Humboldt? ¿Le faltó ocupación a Franklin al dejar el negocio de imprenta, cuando tuvo lo suficiente para vivir? ¿Es Herbert Spencer un perezoso? ¿Pintaba acaso Miguel Angel para mantenerse y vestirse?

33

La verdad es que el trabajo que mejora la condición de la humanidad, el trabajo que extiende los conocimientos, aumenta el poder, enriquece la literatura y eleva el pensamiento, no se hace para ganarse la vida; no es el trabajo de los esclavos llevados a su tarea por el látigo del amo o por las necesidades animales. Es el trabajo de los hombres que lo realizan por el fin mismo del trabajo y no para ganar más que comer o beber, gastar u ostentar. En un estado social en que la pobreza desapareciese, el trabajo de esta índole aumentaría enormemente.

34

Me inclino a pensar que el resultado de confiscar la renta de la manera que he propuesto, sería hacer que la organización del trabajo adoptase la forma cooperativa dondequiera que se empleasen grandes capitales, puesto que la más igual difusión de la riqueza juntaría capitalista y trabajador en una misma persona. Pero importa poco que fuese o no así. La dura fatiga del trabajo rutinario desaparecería. Los salarios serían demasiado altos, y las posibilidades de empleo demasiado grandes, para que nadie tuviera que agotar y destruir las más nobles cualidades de su naturaleza, y, en cada ocupación, el cerebro auxiliaría a la mano. El trabajo, aun de la índole más basta, se volvería agradable, y la tendencia de la producción moderna a la subdivisión no im-

plicaría la monotonía ni la limitación de la aptitud del trabajador, sino que sería aliviado por la corta duración, la variedad y la alternativa de las ocupaciones intelectuales con las manuales. Con esto no sólo se conseguiría utilizar fuerzas productivas ahora desperdiciadas, no sólo se aprovecharían por completo nuestros conocimientos presentes, ahora tan imperfectamente aplicados, sino que de la movilidad del trabajo y de la actividad intelectual que engendraría, en los métodos de producción resultarían perfeccionamientos que ahora no podemos ni imaginar.

35 Porque el mayor de los despilfarros que la actual organización social implica, es el del poder intelectual. ¡Cuán infinitesimales son las fuerzas que concurren al adelanto de la civilización, comparadas con las que yacen latentes! ¡Cuán pocos son los pensadores, los descubridores, los inventores, los organizadores, cuando se comparan con la gran masa del pueblo! Sin embargo, tales hombres nacen en abundancia; las circunstancias son las que sólo consienten a unos pocos desplegar sus facultades. Hay entre los hombres infinita variedad de aptitudes e inclinaciones, como hay tan infinitas diversidades en el organismo físico que, entre un millón de hombres, no hay dos que puedan confundirse. Pero, por la observación y la reflexión a la vez, me inclino a pensar que las diferencias en las facultades naturales no son mayores que las diferencias en estatura o en fuerza física. Recordad la vida de los grandes hombres, y ved con cuánta facilidad podía no haberse oído hablar de ellos. Si César hubiera descendido de una familia proletaria; si Napoleón hubiese venido al mundo algunos años antes; si Colón hubiese entrado en la Iglesia en vez de hacerse marino; si Shakespeare hubiese sido aprendiz de zapatero o deshollinador; si el Destino hubiese asignado a sir Isaac Newton la educación y la fatiga de un labriego; si el Dr. Adam Smith hubiese nacido entre los que arrancan carbón en las minas, o Herbert Spencer se hubiese visto obligado a ganarse la vida como un obrero en una fábrica, ¿de qué habrían servido sus talentos? Podrá decirse que hubieran

sido otros los Césares, Napoleones, Colones, Shakespeares, Newtons, Smiths o Spencers. Es cierto. Y esto muestra cuán prolífica es nuestra naturaleza humana. Así como la abeja obrera común, cuando es necesario, puede transformarse en reina de las abejas, así también, cuando las circunstancias favorecen su desarrollo, el que hubiera pasado como un hombre vulgar, llega a ser un héroe o un caudillo, un inventor o un sabio, un filósofo o un santo. ¡Con tanta abundancia ha esparcido la semilla el Sembrador, tan intensa es la fuerza generativa que la hace germinar y florecer! ¡Pero, ay, el suelo es pedregoso, y hay pájaros y cizaña! Por cada uno que llega a su completo desarrollo, ¡cuántos quedan raquíticos o deformes!

36

La voluntad dentro de nosotros es el hecho fundamental de la conciencia. Sin embargo, ¡cuán poco tiene el mejor de nosotros en talentos, en posición y hasta en carácter, que dependa exclusivamente de sí mismo!... ¡Cuánto debemos a las influencias que nos han moldeado! ¿Quién es el sabio, prudente, discreto o fuerte que, si recuerda la historia íntima de su vida, deje de dar, como el Emperador Estoico, las gracias a los dioses, porque éste y aquél, y aquí y allí, le han dado en todas partes multitud de ejemplos, le han sugerido nobles pensamientos y han abierto ante él oportunidades felices? ¿En quién, alcanzado el meridiano de la vida, con los ojos fijos en sí mismo, no ha tenido eco alguna vez el pensamiento del piadoso inglés, cuando un criminal iba al patíbulo: "A no ser por la gracia de Dios, allí iría yo"? ¡Qué poca importancia tiene la herencia, comparada con las circunstancias! Este es, decimos, el resultado de mil años de progreso europeo, y aquél, el de mil años de letargo chino; sin embargo, colocad uno de nuestros niños en el corazón de China, y a no ser por la inclinación de los ojos o el color del cabello, el caucásico crecería como los circundantes, usando el mismo lenguaje, discurriendo las mismas ideas, manifestando los mismos gustos. Mudad a Lady Vere de Vere de su cuna a la

de una niña de los barrios bajos, y la sangre de cien condes ¿os daría acaso una mujer refinada y culta?

37 Suprimir la necesidad y el miedo a la necesidad; dar a todas las clases el descanso, bienestar, independencia, decoro y delicadezas de la vida, las oportunidades para el desarrollo intelectual y moral, sería como llevar agua al desierto. El yermo estéril se cubriría de verdor, y los parajes áridos, de donde parecía desterrada la vida, muy pronto se tornarían moteados con la sombra de los árboles, y musicales con el canto de los pájaros. Talentos ahora ocultos, virtudes insospechadas, brotarían, haciendo la vida humana más rica, más plena, más feliz, más noble. Porque en esos hombres redondos encajados en agujeros triangulares, y en esos hombres triangulares estrujados en agujeros redondos; en esos hombres que derrochan sus energías luchando por ser ricos; en esos que en las fábricas se han convertido en máquinas o están encadenados por necesidad al banco o al arado; en esos niños que crecen en la suciedad, en el vicio y la ignorancia, existen facultades de primer orden, los más espléndidos talentos. Sólo necesitan la oportunidad de darlos a conocer.

38 Considerad las posibilidades de un estado social que facilitara estas oportunidades a todos. Dejad que la imaginación complete el cuadro; sus colores son demasiado brillantes para pintarlos con palabras. Considerad la elevación moral, la actividad intelectual, la vida social. Considerad cómo están enlazados por mil relaciones mutuas los miembros de cada pueblo, y de qué manera, en el actual estado de cosas, hasta los pocos que son afortunados y están en el vértice de la pirámide social han de sufrir, aunque no se den cuenta de ello, por la necesidad, la ignominia y la degradación que tienen bajo ellos. Considerad estas cosas y decid si el cambio que propongo ¿no sería en beneficio de todos —hasta del mayor propietario—? ¿No estaría éste más seguro del porvenir de sus hijos, dejándoles sin un céntimo en tal estado social, que dejándoles la mayor fortuna en éste? Si

semejante estado social existe en alguna parte, ¿no compraría barata la entrada dando por ella todos sus bienes?

39

He investigado ya hasta su origen la debilidad y el malestar sociales. He señalado el remedio. He atendido a todos los puntos y hecho frente a todas las objeciones. Pero los problemas que hemos examinado, grandes como son, forman parte de problemas más grandes todavía, de los problemas más grandiosos que la mente humana puede abordar. Y suplico al lector que me ha seguido tan lejos, que prosiga conmigo hasta más elevadas regiones; pero le ruego que tenga presente que, en el poco espacio que me queda hasta el límite en que debe encerrarse este libro, no puedo tratar plenamente las cuestiones que suscita. Sólo puedo indicar algunas ideas que sirvan quizá para sugerir ulteriores pensamientos.